

Dos postales porteñas

Gustavo Valle

El poeta anacrónico

En uno de los cafés literarios a los que asisto recientemente en Buenos Aires, me llamó la atención la forma de hablar de uno de los poetas invitados. Tomaba el micrófono como si se tratase de un cáliz, entrecerraba los ojos para conectarse con la musa y hacía firuletes en el aire con la mano, que podría haberla pintado el mismísimo Miguel Ángel.

—Poesía –ya había entrado en trance y hablaba muy lentamente– es aquel hombre... subido a un árbol... es aquella estrella... y entre los dos... como un puente de nubes... se yergue la metáfora.

Paladeaba cada una de sus palabras y abría la boca de tal forma que agregaba un efecto gutural a su expresión. Era como escuchar declamar a Pablo Neruda (pero con acento argentino) el «Poema XX» en aquel disco viejo que tenían mis padres en casa: «puedo escribir los versos más tristes esta noche», con esa voz de ultratumba que lo caracterizaba.

Sentado en su sillita de madera, con el micrófono en la mano, frente el respetable público que sumaba unas nueve personas, este poeta era increíble. No costaba mucho abstraerse del recinto e imaginarlo en un gigantesco anfiteatro, repleto de gente, despertando emociones.

El poeta habló del hombre primitivo (el Neandertal, supongo) y su capacidad de asombro ante las estrellas y el mundo ignoto; delineó lo que sería una nueva teoría de la naturaleza estremecida, y quiso interpretar los avatares del mundo contemporáneo oponiendo las noticias de la prensa sensacionalista a los versos de Omar Kayyam.

Su intervención se inscribió dentro de las jornadas que llevaban por nombre «la poesía argentina frente a la crisis». Según las palabras del moderador, era inexcusable «debatir sobre el papel de los creadores en momentos tan difíciles». ¿Con qué palabras nombrar lo que ha sucedido y sucede? ¿Cómo representar esta realidad que nos ahoga? Eran estos los *Leitmotiven* del encuentro.

—Aciaga –dijo a punto de llorar el poeta invitado– es la hora... de la nación argentina. Y la poesía... debe tomar las riendas... de este potro... manchado de sombras.

Debo admitir la simpatía que me produjo esta metáfora equina, sin duda derivada de la ya famosa sentencia martiana. La Argentina vista como un potro tordillo y el poeta subido a él cual jinete gaucho.

—¡Con paparruchadas modernistas no vamos a ninguna parte! – escuché que alguien murmuró en una mesa del fondo.

—¡Poeta de hipódromo! –dijo otro de los del público, esta vez alzando más la voz.

El vate respondió a las burlas con indiferencia majestuosa. Extático y con los ojos entornados parecía decirnos a todos: «no saben nada». Metido en su chaqueta blanca que cubría una camisa color rosa, con sus rulos canos ahora un poco más alborotados, lucía cursi, tremendamente cursi, pero también digno, con esa dignidad pasada de moda que otorga la ingenuidad a prueba de bombas.

Como una forma de corroborar el lugar y el tiempo donde me encontraba, pues no podía salir de mi promesa, tomé el programa de mano que había consultado apresuradamente y volví a leer, esta vez con más detenimiento, el breve *curriculum*:

«Poeta y narrador. Entre su extensa obra publicada destacan los siguientes títulos: *La partera de la historia* (1967); *El tren que no cesa* (1975) *Viento en contra* (1989); *Ilusiones de otro otoño* (1995), y *Jinete del Génesis* (2002). Es director de la revista de creación literaria *El volcán*».

—El deterioro –y con estas palabras el vate concluyó su intervención– alcanzando... la negligencia... impune... de los políticos... amerita... una voz clara... que denuncie... tantos años de infamia.

Se escucharon algunos aplausos (yo también aplaudí), pero rápidamente cesaron. El moderador agradeció al poeta y dio por abierta la ronda de preguntas.

—¿Desea algo más? –me dijo la camarera.

—¿Podría ser otra Quilmes?

Alguien del público abrió fuego preguntando algo acerca de Darío Lopérfido, Secretario de Cultura del gobierno de Fernando de la Rúa. Al parecer, este señor no era del agrado del vate invitado, quien, al escuchar su nombre arrugó la cara y comenzó a cuestionar su gestión de gobierno, calificándola poco menos que de corrupta. Lamentaba que las revistas literarias le hubiesen dado, en su momento, tanto espacio, y concluyó diciendo que al fin y al cabo ese asunto no era trascendente pues, y aquí adoptó una actitud todavía más grave:

—El olvido... es uno... de los patrimonios... de la República Argentina.

Una mujer con aspecto de profesora de lingüística preguntó, o más bien cuestionó, la teoría del hombre de los árboles, las estrellas y la metáfora,

que un rato antes había desarrollado el poeta invitado. Después de hacer un muy sesudo análisis donde no habían quedado afuera Ferdinand de Saussure ni Noam Chomsky, la profesora sintetizó su idea, por demás simple: el hombre subido a los árboles era incapaz de elaborar una metáfora. Ante este ataque frontal el vate no ahorró burlas a la profesora y elaboró su contraataque con una de las suyas. Al ser un poeta intuitivo, veía con desconfianza toda ciencia. Ignoró los argumentos de la profesora con esa indiferencia de los iluminados, dio una pitada a su cigarrillo casi consumido y mirando hacia el cielo sentenció:

—El hombre... siempre ha sido... metáfora... de sí mismo.

Preferí irme antes de que finalizara el evento. Estaba en el Barrio Norte y caminé por la avenida Las Heras hasta la parada del colectivo 110. Eran las diez de la noche y la ciudad estaba en calma. Subí a un autobús completamente vacío y durante el viaje pensé en el tema de la convocatoria: «La poesía argentina frente a la crisis». Advertí que al sustituir la palabra crisis por otras como amor, memoria, naturaleza o muerte, por sólo mencionar algunos tópicos de la poesía, la cuestión de fondo no cambiaba. La inquietud seguía siendo la misma. Todo creador frente a su materia de trabajo se hace las mismas preguntas: ¿Cómo nombrar aquello? ¿Qué palabras le corresponden?

Pero sobre todo pensé en los gestos solemnes y ceremoniosos de algunos poetas, sobre todo los más viejos. En esa forma casi teatral y muchas veces caricaturesca de expresarse. «La poesía es un lenguaje otro», dicen algunos. Y bajo esta consigna se permiten barbaridades. Antes los poetas querían parecer poetas, así como los médicos todavía quieren parecerse a Dios. Pero los tiempos han cambiado y ahora los poetas no quieren parecerse a nada. No visten gabardinas ni sombreros ni fuman opio. Ni siquiera se reúnen en viejos cafés apollados. Lo mismo ocurre con sus voces, que han achatado por miedo a parecer engolados. Al huir de lo solemne, muchos cometieron el error de refugiarse en una informalidad pueril. ¡Cuántas veces no he escuchado a poetas que leen su obra como si leyeran el periódico! Pero este desdén no me lo creo, y sospecho que detrás se oculta una vanidad indestructible.

Quizás por eso me fue simpático el poeta invitado de aquella noche. Me gustó su indolencia frente a las modas intelectuales, su orgullo insensato de marginado. Vivía la poesía como un rito grave y ceremonioso, a pesar de las burlas, por demás justificadas. Como profesaba una fe ingenua y desmedida a la palabra, se creía un chamán, un sacerdote planetario. «Pobre hombre», me dije: poeta anacrónico y patético, y sin embargo entrañable. En medio de tanta mesura y sobriedad contemporánea, a veces extraño la vieja y carcomida prosopopeya.

La mujer del subte

—Señor, —escuché con voz agitada—, señor...

Yo acababa de bajar las escaleras mecánicas y estaba en el andén de la estación Carlos Pellegrini con dirección a Federico Lacroze. Tenía en mis manos una novela de Augusto Roa Bastos y flotaban en mi mente las imágenes de la hermosa y prostituida protagonista *Madama Sui*. ¡Ah, *Madama Sui*! Su piel magnética, rodeada de lujo, la traviesa y corrompida mujer-ángel...

—Señor..., —volví a escuchar, ahora un poco más cerca, y por un instante pensé o quise pensar que no era conmigo: no quería interrumpir mis ensoñaciones sensuales. Ignoré la solicitud y esperé que las otras personas que estaban en el andén se encargaran. «Siempre alguien se encarga», pensé. Con los años uno aprende algunas astucias miserables, y la de hacerse el distraído es una de las que mejor ensayamos. Sin embargo, cerré el libro, lo guardé en mi mochila y me acerqué.

—Sí, dígame —y expresé mi mejor urbanidad.

—¡Vos, ayúdame a subir al tren!—.

La señora contaba con unos 70 años. Sus lentes oscuros y el bastón que empuñaba delataban su ceguera. Los cabellos rubios le caían en mechones pegajosos sobre su frente. Era gorda y bajita. Pobrísima. Llevaba faldas superpuestas, muy sucias. Su mano izquierda —dedos rechonchos, uñas negras— comenzó a hacer remolinos en el aire buscando en mí un apoyo. Alargué mi brazo y lo sujetó con fuerza. El tren tardaría todavía un poco más y le dije que había que esperar. Instintivamente giré mi cabeza a izquierda y derecha y advertí que el resto de las personas que estaban en el andén nos veían, nos inspeccionaban.

—¿Tenés hora? ¿Ya son la ocho? —me preguntó apretando con fuerza mi antebrazo, arrojándome su aliento terroso.

—Ehhh... —busqué en mi bolsillo mi viejo relojito *Times* (esto ocurrió en pocos segundos que me parecieron eternos) y le dije que no, que faltaban diez minutos.

La señora volvió a guardar silencio. El tren tardaba en llegar. El andén comenzaba a llenarse de gente pero ambos formábamos una isla en medio de todos. Nadie se acercaba. Sólo miraban. Ninguno parecía hablar y el andén estaba silencioso a pesar de la cantidad de personas que había. Destacaban numerosas mujeres de falda azul muy corta y blusa blanca: ascensoristas, pensé, y señores de mediana edad que parecían leer en la prensa los avisos clasificados. De pronto me llegó el foganazo de un hedor pestilente. Con discreción tapé mi nariz. Era de suponer: mi compañera apesta-

ba. Levanté la mirada como queriendo abstraerme de aquella situación y convoqué nuevamente la imagen de Madama Sui, la hermosa protagonista de la novela. ¡Ah, Madama Sui!, empolvando su cuerpo con talcos perfumados, bailando desnuda a orillas del río...

El tren entró en el andén con la ferocidad de todos sus metales. Hacía tal escándalo que parecía que iba a destartarse, soltaba chispas, se bamboleaba. A su paso empujaba un buen volumen del aire estancado en el subsuelo y producía un viento subterráneo que sacudía los peinados de las ascensoristas, las páginas de los periódicos que leían los desocupados y alborotaba los tufos de la señora que cada vez se aferraba con más fuerza a mi antebrazo. Justo antes de entrar en el tren, me dijo:

—¡Ayúdame a bajarme en Pueyrredón!

No le respondí. La gente rápidamente se aglomeró en las puertas. Todos apelotonados intentábamos entrar en los vagones. Sentí su mano gruesa y grasosa envolver mi antebrazo. Sentí mi antebrazo sucumbir bajo aquella presión pegajosa. Al cerrar las puertas, en el aire reducido del vagón, los olores se amplificaron. La gente se apartó de nosotros. La señora ciega y su lazarillo apestaban. Un adolescente vestido de manera deportiva (en el subte todos los adolescentes visten de manera deportiva) huyó hacia el vagón contiguo al recibir los hedores. Los vendedores de gaseosas y poemas de amor pasaron de largo sin ofrecer nada. Al vernos, una chica rubia (acá todas son o quieren ser rubias), no sé si por bondad o asco, se levantó de su asiento y lo ofreció a la señora para irse más lejos. Ella se negó, y los dos permanecemos de pie.

—¡Ayúdame a bajarme en Pueyrredón! —insistió.

—No... no... no puedo... —le dije casi tartamudeando, mientras el vagón se bamboleaba. Yo me bajo en Callao, la próxima estación. Quizás otra persona pueda ayudarla.

Y al decirle esto, me soltó.

—¿Quién me ayuda a bajarme en Pueyrredón?, gritó dentro del vagón, hacia un interlocutor invisible, buscando entre las sombras un nuevo lazarillo.

Pero nadie respondió. El silencio llegó hasta cada rincón del vagón. Sólo se escuchaba el traqueteo sobre los rieles. El grito parecía quedarse atrás y no avanzar a la velocidad del tren. Era un grito extraño: tenía esa mezcla de piedad y envilecimiento de los espíritus sometidos a una vida sin satisfacciones. Al ser ciega, los renuentes a colaborar con la señora no recibían el peso de su mirada condenatoria. La culpa parecía anidar entre los pasajeros que se reprochaban, calladamente, mezquindades. Transcurrieron segundos, o fracciones de segundo, y nadie se acercó a la mujer que apestaba. En ese instante un chico levantó la mirada del libro que leía. Con un